

ORAR  
DESDE EL SALVADOR

José I. González Faus

Cuando me preguntan qué es lo que he aprendido durante mi pasada estancia en El Salvador, opto por contar la siguiente anécdota que me sucedió hace ya años. Había recomendado a una religiosa un curso de oración que se anunciaba pomposamente en una revista eclesiástica. Cuando nos volvimos a ver, me explicó que no había asistido al curso.

-¿Y se puede saber por qué? (Era la pregunta de rigor).

-Pues porque no me ayuda mucho que me enseñen a rezar entre árboles y riachuelos y en una atmósfera de tranquilidad. Eso casi soy capaz de aprenderlo yo sola. Pero lo que necesito es que alguien me enseñe a rezar entre muros de cemento y en medio del Metro de Madrid.

Puede parecer que la anécdota revela sólo el buen humor de una persona bastante libre y con mucho sentido común. Pero para mí se ha convertido en el pequeño meollo de todo lo que me habría gustado aprender estos últimos meses en El Salvador. En las líneas que siguen me gustaría explicar por qué.

No cabe duda de que la oración vuelve a estar de moda. Aquella sospecha marxistoiide de la "aliena-

ción", que atenazaba a tantos cristianos comprometidos hace pocos años, parece haber sido barrida por las aguas de los deshielos postmodernos (que en realidad, habría que escribir sin "t", porque resulta más cómodo, más "light" y más postmoderno). Con diversos nombres, diversos maestros y diversos métodos, el dato es que basta con abrir las diversas revistas cristianas que van apareciendo cada mes o cada dos meses, para encontrar frecuentemente artículos, o números enteros, dedicados a la oración. Algunos de ellos, además, francamente buenos. Y es de suponer que semejante oferta responde a una demanda bien real.

Pero lo que me desconcierta a mí es que toda esa literatura suele dar por presupuestos dos puntos de partida nunca explicitados ni, muchísimo menos, cuestionados. El primero es que la oración supone unos mínimos de bienestar material. Y el segundo es que la fuente de todos los malestares (que se suponen que impiden orar) son los propios deseos egoístas, que hay que procurar no reprimir, por supuesto (eso hoy no funciona), pero tampoco alentar ni satisfacer, porque desatan esa carrera de insatisfacción que priva de toda la paz necesaria para encontrar a Dios.

No niego que haya en todo eso muchísima verdad. Huelga decir que a esa paz se apunta hoy cualquiera en este mundo conturbado. Pero sospecho que en esos presupuestos nunca explicitados ni cuestionados se esconde una profunda unilateralidad que puede amenazar la identidad cristiana de semejante oración. Para empezar, hoy son demasiadas las gentes que están muy por debajo de esos mínimos de bienestar material que se suponen indispensables para la oración. Y, para acabarlo de arreglar, vivimos en un mundo en el que, para demasiadas gentes, está dejando de ser verdad aquella "noble verdad" del maestro Buda de que la fuente de todo dolor es el deseo propio. Hoy

son demasiadas las personas que sufren por el deseo ajeno. Por ejemplo: por la irreductible decisión de los grandes cafetaleros de El Salvador de que ni un salvadoreño más se siente a la mesa de la humanidad, y que todo el que pretenda hacerlo es un comunista que merece ser eliminado; o por la locura (ya irresponsable, pero igualmente amarga) de un hijo drogadicto; o por el fanatismo de unos cuantos ejércitos (del color que sean) fabricantes de hijos sin padres o de mujeres sin hijos; o por el deseo insaciable de los Estados Unidos de que en "la pequeña región de atrás" (a la que los incultos suelen llamar América Latina) no ocurra nada que contradiga sus poderosos intereses económicos, o por la insaciable voracidad de empresas trasnacionales y bancos mundiales. Son muchas las personas a las que hoy quita la paz el deseo de los demás. Porque, además, la satisfacción de ese deseo está hoy tan bien montada que se ahorra hasta el conocer y el ver a sus víctimas.

### ¿Orar desde el Tabor o desde Getsemaní?

Mi pregunta era sencillamente ésta: ¿Hay algún guru o maestro del espíritu que enseñe hoy a orar a todas esas gentes que viven por debajo de los límites mínimos de bienestar o que sufren horrores por culpa de deseos ajenos? ¿O hay que reescribir una especie de bienaventuranzas postmodernas que digan; malditos los pobres, porque nunca podrán hacer oración; malditos los que lloran, porque no podrán encontrar a Dios; malditos los hambrientos y los perseguidos por la justicia, porque no aprenderán a orar?

Hace ya algunos años, visitando un monasterio copto en pleno desierto egipcio, me llamó la atención el nivel casi europeo de comodidad de todas sus instalaciones. Posiblemente era el grado de "comfort" más alto de todo lo que yo había visto en aquel país.

Con mi pésimo francés y sin querer ser hiriente, hice una pregunta en ese sentido al monje que nos acompañaba. Y debo confesar que la respuesta me sorprendió aún más que la riqueza del monasterio: "es que, para la contemplación es imprescindible un bienestar material".

Vuelvo a conceder que mi carne y mi sangre se encuentran muy bien con esa respuesta. Pero, cuando acudo al evangelio a buscar algo sobre la oración, me aparece un factor nuevo que suele pasar por alto la inmensa mayoría de los maestros de hoy: Jesús no enseñaba a orar como esos gurus tan sabios que te reciben en su preciosa finca, sino más bien desde una barca de pescadores. Y es verdad que buscaba muchas veces la paz del silencio, pero -si hemos de creer a los evangelios- quitando tiempo al sueño. Yo, personalmente, me parezco más a Pedro, que en el Tabor se sentía maestro de oración y estaba dispuesto a quedarse allí eternamente, pero luego en Getsemaní, no fue capaz de orar ni un minuto y sólo sabía evadirse durmiendo. Jesús oró en el Huerto y en la Cruz. Y la verdadera pregunta de hoy creo yo que es ésta: ¿hay, por favor, algún maestro que enseñe a orar también desde la Cruz? Porque, si no lo hay, valdría la pena que al menos dejáramos de sentirnos tan espirituales y de creer que estamos provocando un renacimiento de la oración, y no dejáramos que se nos hinchara la boca con la palabra "contemplación". Contentémonos con aquella plegaria desmadejada del publicano, que quizá no tenía entidad como para ser enseñada en ningún cursillo, pero que al menos sirvió para justificar a aquel pobre hombre.

### **Vuelta a El Salvador**

Y, una vez expuesta mi actual perplejidad de persona que quisiera saber orar más y mejor, quizá se entienda un poco lo que tiene que ver la anécdota

son demasiadas las personas que sufren por el deseo ajeno. Por ejemplo: por la irreductible decisión de los grandes cafetaleros de El Salvador de que ni un salvadoreño más se siente a la mesa de la humanidad, y que todo el que pretenda hacerlo es un comunista que merece ser eliminado; o por la locura (ya irresponsable, pero igualmente amarga) de un hijo drogadicto; o por el fanatismo de unos cuantos ejércitos (del color que sean) fabricantes de hijos sin padres o de mujeres sin hijos; o por el deseo insaciable de los Estados Unidos de que en "la pequeña región de atrás" (a la que los incultos suelen llamar América Latina) no ocurra nada que contradiga sus poderosos intereses económicos, o por la insaciable voracidad de empresas trasnacionales y bancos mundiales. Son muchas las personas a las que hoy quita la paz el deseo de los demás. Porque, además, la satisfacción de ese deseo está hoy tan bien montada que se ahorra hasta el conocer y el ver a sus víctimas.

### ¿Orar desde el Tabor o desde Getsemaní?

Mi pregunta era sencillamente ésta: ¿Hay algún guru o maestro del espíritu que enseñe hoy a orar a todas esas gentes que viven por debajo de los límites mínimos de bienestar o que sufren horrores por culpa de deseos ajenos? ¿O hay que reescribir una especie de bienaventuranzas postmodernas que digan; malditos los pobres, porque nunca podrán hacer oración; malditos los que lloran, porque no podrán encontrar a Dios; malditos los hambrientos y los perseguidos por la justicia, porque no aprenderán a orar?

Hace ya algunos años, visitando un monasterio copto en pleno desierto egipcio, me llamó la atención el nivel casi europeo de comodidad de todas sus instalaciones. Posiblemente era el grado de "comfort" más alto de todo lo que yo había visto en aquel país.

Con mi pésimo francés y sin querer ser hiriente, hice una pregunta en ese sentido al monje que nos acompañaba. Y debo confesar que la respuesta me sorprendió aún más que la riqueza del monasterio: "es que, para la contemplación es imprescindible un bienestar material".

Vuelvo a conceder que mi carne y mi sangre se encuentran muy bien con esa respuesta. Pero, cuando acudo al evangelio a buscar algo sobre la oración, me aparece un factor nuevo que suele pasar por alto la inmensa mayoría de los maestros de hoy: Jesús no enseñaba a orar como esos gurus tan sabios que te reciben en su preciosa finca, sino más bien desde una barca de pescadores. Y es verdad que buscaba muchas veces la paz del silencio, pero -si hemos de creer a los evangelios- quitando tiempo al sueño. Yo, personalmente, me parezco más a Pedro, que en el Tabor se sentía maestro de oración y estaba dispuesto a quedarse allí eternamente, pero luego en Getsemaní, no fue capaz de orar ni un minuto y sólo sabía evadirse durmiendo. Jesús oró en el Huerto y en la Cruz. Y la verdadera pregunta de hoy creo yo que es ésta: ¿hay, por favor, algún maestro que enseñe a orar también desde la Cruz? Porque, si no lo hay, valdría la pena que al menos dejáramos de sentirnos tan espirituales y de creer que estamos provocando un renacimiento de la oración, y no dejáramos que se nos hinchara la boca con la palabra "contemplación". Contentémonos con aquella plegaria desmadejada del publicano, que quizá no tenía entidad como para ser enseñada en ningún cursillo, pero que al menos sirvió para justificar a aquel pobre hombre.

### **Vuelta a El Salvador**

Y, una vez expuesta mi actual perplejidad de persona que quisiera saber orar más y mejor, quizá se entienda un poco lo que tiene que ver la anécdota

de aquella religiosa que he contado al principio con la pregunta que me hacen algunos de qué es lo que me he traído del último reciente viaje a Centroamérica. Simplemente esto:

a) Me parece que en El Salvador hay gentes que hacen oración desde unas condiciones de incomodidad material y de falta no culpable de paz que cuestionan las teorías de muchos de nuestros gurus (yo el primero, aunque no pretendo ser guru).

b) Me parece que aquella oración es no sólo más cristiana que la que nosotros andamos buscando (porque subraya ese dato tan escandaloso y específicamente cristiano que es el orar desde la cruz y con el Crucificado), sino que además es de más altura mística que todos nuestros éxtasis de última hora.

c) Y como, además, puedo dar buen testimonio de que los salvadoreños son tan de carne y sangre como nosotros y tan "hijos de Adán y Eva" como nosotros, sólo consigo explicarme esa diferencia como un milagro particular de la Gracia y como una broma finísima de ese Dios que sigue escogiendo lo débil del mundo para confundir a lo fuerte, y revelando a los pobres esos secretos suyos que oculta a los sabios y ricos.

Y, mira por dónde, estas constataciones me han servido para aprender una forma nueva de orar que consiste sencillamente en repetir con alegría aquello de Jesús: "Yo te bendigo Padre..." (cf. Mt 11,25 ss).